

IIIº Congreso Internacional de Identidades

Fundamentos teóricos para el abordaje de la Reproducción Social de personas trans en Córdoba

Gabriela Heredia Baek (UNC) - gabrielaherediabaek@gmail.com

Palabras clave: Transgénero // Reproducción social // Comunicación Social

Entre el voluntarismo fenomenológico y el determinismo

Una multiplicidad de abordajes sobre la *transgeneridad* halla su fundamento en lecturas críticas de la relación unívoca entre las categorías de sexo-género (Rubin, 1990; Wittig, 1980; De Lauretis, 1996; Butler, 1990). A la luz de estos desarrollos, las personas trans no sólo revelan el carácter socialmente construido del género, condición que -siguiendo el pensamiento feminista- comparten tanto las identidades femeninas como las masculinas. Estas son capaces, sobre todo, de poner en evidencia la contingencia de la identidad de género con respecto al sexo biológico.

A partir de la formulación “mujer no se nace, *se hace*” apuntalada por Simone de Beauvoir (1981 [1949]), el concepto *género* se desplaza progresivamente “más allá del terreno de un modelo sustancial de identidad, hacia uno que requiere una conceptualización de *temporalidad social* constituida” (Butler, 1998: 297). De este modo, la identidad de género entendida como un reflejo *-cultural-* de una verdad interior *natural*, se revela como una ilusión socialmente fundada, a partir de la que los cuerpos se ven constreñidos a definirse unívocamente como masculinos o femeninos.

Si bien las mujeres femeninas y los hombres viriles (Bourdieu, 2000) se adecúan de modo paradigmático a la heteronormatividad¹, hay personas trans que también incorporan los modelos de femineidad en oposición a los de la masculinidad o a la inversa. Estas personas pueden afirmar el haber nacido encerradas en el cuerpo equivocado y recurrir a procedimientos quirúrgicos y hormonales para develar “su auténtico y verdadero sexo” (Preciado, 2014: 94). Esto significa que, conforme al orden social heterosexual, algunas

¹ La heteronormatividad se define como el principio organizador de las relaciones sociales “que hace de la heterosexualidad reproductiva el parámetro desde el cual juzgar (aceptar, condenar) la inmensa variedad de prácticas, identidades y relaciones sexuales, afectivas y amorosas” (Pecheny, 2016: 268). A partir de este principio normativo, las relaciones de producción y reproducción biológica se organizan en torno a la heterosexualidad obligatoria, orden que privilegia las relaciones sexuales complementarias y asimétricas entre hombres y mujeres.

personas trans pueden acatar las conductas y deseos correspondientes al sexo opuesto al asignado al nacer, con el objetivo de ser identificadas como personas cisgénero². En otros casos, la ruptura del nexo que asimila el sexo al género se manifiesta de manera intencional, dejando al descubierto la arbitrariedad del principio hegemónico que pretende una alineación unívoca entre sexo, identidad, expresión de género y sexualidad³. En esta línea, debido a las diferentes formas en las que puede ser vivida la transgeneridad, hablar de *colectivo trans* sólo es posible en la medida en que haga referencia a un conjunto de personas cuyas identidades de género no se corresponden con el sexo asignado al nacer, es decir, quienes comparten un rechazo “a la diferencia sexual como matriz natural y necesaria de subjetivación” (Cabral, 2011: 2). Siguiendo a este autor, la transgeneridad, configura un espacio heterogéneo que involucra discursos, prácticas, categorías identitarias y formas de vida dispares⁴.

Frente a la diversidad constitutiva de este colectivo, Saskia Wieringa sostiene que las prácticas de las personas trans se pueden representar en un *continuum* subversivo. Este estaría conformado por acciones que rechazan explícitamente los ideales del orden heteronormativo como también por prácticas referidas a la adaptación a los patrones de normalidad, al ocultamiento de la propia condición de género, a las estrategias para sobrevivir en la vida cotidiana e, incluso, el suicidio. La socióloga neerlandesa afirma:

“In situations where transgender people are stigmatized, lonely, and legally, economically, and psychologically vulnerable, searches for economic stability, social respect, friendship, and/or sexual partners constitute forms of symbolic subversion of the dominant gender order. Even if they ostensibly or publicly accept its hegemony, their very actions and search for accommodation within the system reveal subversion.” (Wieringa, 2014: 211)⁵

Herencia de la fenomenología existencialista, considerar las expresiones identitarias como productos de un *sujeto de la historia*, es decir, capaz de transformar la sociedad al

² Cisgénero se refiere a los sujetos en los que el sexo biológico y la identidad de género coinciden. Las identidades trans que se orientan a la mimésis de los roles asignados al sexo opuesto son conocidas como FtM o MtF, siglas que hacen referencia a una transición progresiva de *Female to Man* y de *Male to Female*.

³ Los casos en que esta denuncia es acompañada por la negación de una identidad preexistente pueden designarse como FtN o MtN, donde N designa neutralidad.

⁴ Entre estas identidades se encuentran las personas transexuales, transgénero, travestis, *drag queens*, *drag kings*, entre otras. La identidad travesti hace referencia a personas cuya *expresión* de género es la opuesta a la asignada al nacer, mientras que la transexualidad designa a personas que desean transitar hacia el género opuesto y que, además, adecúan su cuerpo a través de procedimientos hormonales y/o quirúrgicos. A diferencia de estas últimas, las personas transgénero, si bien se identifican con el sexo opuesto al asignado, no necesariamente se someten a procedimientos médicos.

⁵ “En situaciones en las que las personas transgénero son estigmatizadas, están solas y legal, económica y psicológicamente vulnerables, la búsqueda de la estabilidad económica, respeto social, amistad y/o de compañeros sexuales constituyen formas de subversión simbólica del orden de género dominante. Incluso si aparente o públicamente acepten su hegemonía, sus acciones mismas y búsquedas por adaptación dentro del sistema revelan subversión” (Wieringa, 2014: 211, la traducción es nuestra).

difundir su propia concepción de sí, nos puede conducir a otorgarle al individuo un rol desmesurado en la construcción y transformación del orden social, llevándonos a ignorar los condicionamientos sociales que inciden en sus prácticas.

En esta línea, hay lecturas que han interpretado la teoría performativa del género como voluntarista, en tanto exalta la libertad del sujeto, dotándolo de una capacidad creadora liberada al azar. Lejos de suponer que todo acto performativo constituye una interpretación renovadora de los roles sexuales asignados, Butler (2002) afirma que la formación del sujeto depende, en primera instancia, de la operación de convenciones que construyen, legitiman y tornan reconocibles a los géneros, producción normativa de las identidades que echa por tierra las concepciones subjetivistas más radicales.

No obstante, si bien las identidades de género son socialmente construidas, las normas que las producen no determinan mecánicamente a los sujetos. Es posible producir desviaciones con respecto a los principios hegemónicos y, así, gradualmente socavar su validez.

A diferencia de los estudios que abordan la subversión como prácticas dirigidas a instaurar un orden sexual alternativo (centradas en las discusiones acerca de la reproducción del orden sexual binario por parte de las personas trans), proponemos considerar las prácticas resignificantes en relación a su capacidad de transformar las representaciones y posiciones que les son asignadas en el mundo social. En este sentido, si bien el sujeto es capaz de cuestionar y reconstruir el orden social, consideramos que las estructuras configuran un horizonte de posibilidades para la acción. De este modo, nos situamos en el margen de maniobras del agente, entre la posibilidad de resignificar y cuestionar los principios dominantes y las constricciones estructurales que condicionan dichas prácticas. Para esto proponemos llevar adelante un análisis relacional que nos permita indagar en las condiciones de posibilidad de las prácticas resignificantes, es decir, un análisis que las considere en conexión con el sistema de relaciones materiales y simbólicas en las que estas se inscriben

Elementos para un análisis relacional

Para Bourdieu, lo social existe en un *sentido objetivo*⁶, constituido por las estructuras sociales externas e independientes de la conciencia de los agentes y en un *sentido*

⁶ Al hablar de realidad objetiva nos referimos a la distribución de capitales, su volumen global, estructura y evolución en el tiempo, a las relaciones de fuerza entre las clases como también al estado de los distintos

subjetivo, en las representaciones que estos se hacen a partir de sus posiciones en el espacio (Gutiérrez, 2005). Al incorporar las relaciones objetivas de la realidad social en la que está inmerso, el agente adquiere esquemas de percepción y apreciación que configuran un *conocimiento práctico* orientador de sus acciones.

La noción de *sentido vivido* hace referencia, entonces, al sistema de clasificaciones adquiridas por los sujetos a lo largo de su trayectoria individual, a los modos de percibir y apreciar la realidad que configuran el *habitus* como principio generador de conductas sistemáticas. La noción de *habitus* constituye un

“sistema de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito consciente de ciertos fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos.” (Bourdieu, 2015: 86)

Como estructura estructurada a partir de condiciones objetivas pasadas, el *habitus* estructura o predispone a los agentes a continuar desarrollando prácticas acordes a las condiciones objetivas de las que es producto. En los casos en los que las condiciones de *producción* coinciden con las de *realización* del *habitus* (es decir, en caso de que las primeras hayan permanecido en el tiempo), las prácticas de los agentes cuentan con mayores probabilidades de alcanzar el *éxito* ya que estas están adaptadas de antemano. Desde este enfoque, a partir de la adecuación aparentemente milagrosa entre disposiciones y posiciones, el pasado es capaz de sobrevivir en lo actual (Bourdieu, 2015); guiados por un determinado *habitus* de clase -producto de desigualdades estructurales- los agentes contribuyen a la reproducción de sus posiciones sociales y, consecutivamente, al sistema de relaciones de dominación y dependencia entre las distintas posiciones en el espacio social.

Esto no significa que el *habitus* sea totalmente reducible a la lógica reproductivista de los campos. A través de sus prácticas los agentes pueden redefinir las *representaciones de sí y del mundo* y por consiguiente, las relaciones de fuerza entre las distintas clases y posiciones. En este marco consideremos las estrategias de reproducción social como un

mercados como instrumentos de reproducción (mercados como el laboral y escolar). Los capitales son concebidos como recursos escasos que están distribuidos desigualmente entre individuos en competencia y que se deben conquistar, acumular y proteger. Para Bourdieu los tipos de capitales -económico, cultural y social- definen las *condiciones* objetivas de vida de los agentes sociales y sus *posiciones* sociales. Mientras que las condiciones hacen referencia a la dimensión material de la existencia, las posiciones se refieren al lugar que el agente ocupa en la estructura de relaciones (Gutiérrez, 2012).

“conjunto de prácticas fenomenalmente muy diferentes por medio de las cuales los individuos y las familias tienden, de manera consciente o inconsciente, a conservar o aumentar su patrimonio y correlativamente a mantener o mejorar su posición social en la estructura de las relaciones de clase (Bourdieu 1988a)” (Gutiérrez, 2015: 48).

Desde esta perspectiva, conservar o mejorar la posición no se restringe a la acumulación de recursos materiales en forma de pujas redistributivas. Estas luchas configuran, inseparablemente, disputas por el sentido en las que los agentes intentan imponer esquemas clasificatorios que le sean favorables y, así, dejar de ocupar los lugares subordinados que le son asignados.

Analizar las estrategias de reproducción social que, en este caso, lleva a cabo un grupo de personas *trans* supone, por lo tanto, una lucha por las clasificaciones y por el poder de clasificar. Implica “innumerables actos de construcción antagonistas que en cada momento los agentes efectúan, en sus luchas individuales o colectivas, espontáneas u organizadas, para imponer la representación del mundo social más conforme a sus intereses” (Bourdieu, 2014b: 187). Esta lucha se cumple a través de las prácticas colmadas de sentido que pueden ser puestas en marcha a través de estrategias de conservación o de subversión.

La dominación simbólica y la Comunicación en la reproducción social

En esta línea, al afirmar que las estructuras son incorporadas por los agentes, no nos referimos sólo a la dimensión material de la desigualdad. Las disparidades objetivas tienen la cualidad de duplicarse a través de las representaciones que los agentes se hacen de las distribuciones, confiriendo a los ocupantes de las distintas posiciones un valor (y capital) simbólico que retraduce “las diferencias económicas en marcas distintivas, signos de distinción o estigmas sociales” (Bourdieu, 2011: 206).

Los efectos de estas representaciones positivas y negativas asignadas a los agentes, lejos de restringirse al ámbito de lo simbólico, legitiman la posesión y el acaparamiento de los recursos materiales, como así también la desposesión de los dominados, anulando el cuestionamiento de su desigual distribución. Esto significa, que el *reconocimiento* de quienes detentan mayores acumulaciones de capital -a través del prestigio, del honor y el respeto- tiene como contrapartida que los agentes de posiciones dominadas se vean inclinados a asumir lo que *les corresponde* sin objeciones.

Si bien, al incorporar el orden social material y simbólico, los agentes tienden a reproducir las condiciones pasadas adecuándose a las posiciones sociales que le son estructuralmente asignadas, en circunstancias en las que este encuentro armónico no sucede, estos pueden orientarse a la transformación⁷ de las condiciones que establecen límites a su reproducción (Mauger, 2015; Lahire, 2004).

En particular, en los casos en que la imposibilidad de actualizar las disposiciones se vincula a una relación de dominación actualizada en actos de discriminación (por ejemplo, cuando las expectativas de obtener un puesto de trabajo no son posibles debido a la posesión de una propiedad estigmatizada), la transformación se plantea a partir de estrategias simbólicas orientadas a su revalorización. Como afirma Bourdieu, “el objetivo de cualquier movimiento de subversión simbólica consiste en realizar un trabajo de construcción y de reconstrucción simbólica que tienda a imponer nuevas categorías de percepción y de apreciación” (2000: 148).

En el caso de las personas trans, estas prácticas simbólicas subversivas suponen una revalorización de sus identidades, expresiones y/u orientaciones sexogénéricas. El orientarse a modificar el valor que les es asignado implica, inseparablemente, una lucha por reconfigurar las relaciones de fuerza, un reposicionamiento en la estructura de relaciones.

En este marco, consideramos la comunicación como el espacio en el que se disputan los sentidos, espacio de “negociaciones, de enfrentamientos, de luchas abiertas o encubiertas” (Von Sprecher, 2005). Siguiendo al último autor referido,

“Denominamos comunicación al conjunto de intercambios de sentidos entre agentes sociales, que se suceden en el tiempo, y que constituyen la red discursiva de una sociedad, red que puede pensarse relacionamente a niveles micro, meso y macro. Esta red discursiva está tejida por las *prácticas productoras de sentido* -que se manifiestan en discursos- de los agentes sociales (individuos, instituciones, empresas, etc.) que ocupan distintas posiciones en el espacio social general (en las clases sociales) y en los campos que forman parte del mismo – posiciones que implican capitales y poderes diferentes puestos en juego en el intercambio, luchas en consecuencia” (Von Sprecher, 2005: 24-25, las cursivas son nuestras).

Aunque coincidimos en que las relaciones de fuerza entre los agentes y los grupos se actualizan a través de intercambios discursivos, tomamos distancia de este concepto de

⁷ La incomodidad vivida por el agente se produce al interrumpirse la relación de “homología entre el espacio de posiciones y el espacio de disposiciones” (Mauger, 2015: 160), lo que constituye la histéresis, a la que haremos alusión a lo largo de este trabajo. Siguiendo a Lahire (2004), ante la histéresis del habitus además de la *transformación*, el agente también puede tender a *huir* o a *adaptarse* a las condiciones que se le imponen.

comunicación en cuanto a la predominancia que le concede a la dimensión discursiva de los actos comunicativos⁸.

Consideramos que, si bien el concepto propuesto aporta a la comprensión de la comunicación como el conjunto de intercambios de sentido a través de los que se desarrollan las luchas simbólicas (como así también en el que se consienten las relaciones de dominación), al mismo tiempo supone restricciones de carácter metodológico en el abordaje de las relaciones comunicacionales⁹.

En el presente trabajo procuramos tomar distancia con respecto a las lecturas lingüísticas o semióticas para aproximarnos a un análisis que tenga en cuenta el conjunto de prácticas capaces de producir y reproducir sentido. De este modo, en detrimento del análisis de una red de discursos, en el presente trabajo consideraremos, en términos de Von Sprecher, las *prácticas productoras de sentido*. Por un lado, esto nos permitirá considerar las tomas de posición de los agentes trans como manifestaciones destinadas a transformar las representaciones (Bourdieu, 2000), como también, la incorporación de imágenes mentales o representaciones negativas efecto de la dominación simbólica¹⁰.

En base a este esquema interpretativo consideramos que las estructuras se configuran a través de las prácticas que producen y reproducen sentido. Es a partir de estos intercambios de sentido que se (re)producen los esquemas de visión y división que definen las relaciones de poder¹¹. A través de distintos medios (a través de las

⁸ A pesar de que se tengan en cuenta los condicionamientos estructurales del discurso (las *condiciones de producción* en Eliseo Verón o el intercambio entre agentes socialmente posicionados en Von Sprecher), estos análisis ignoran una parte considerable de los actos comunicacionales. Como sostienen los teóricos de la escuela pragmático-sistémica (Watzlawick et al., 1985) los intercambios simbólicos involucran actos colmados de sentido que no son estrictamente discursivos (*comunicación analógica*). Incluso aquello que no se quiere comunicar constituye un acto comunicativo que, a diferencia de lo que sostiene esta escuela, no se reduce a variables situacionales (de *relación*) sino que da cuenta de la posición particular del agente con respecto a sus interlocutores desde un punto de vista macroestructural, debiéndose analizar, en este sentido, las propiedades de la comunicación asociadas a las posiciones ocupadas en el espacio. La soltura y la timidez, por ejemplo, son actitudes que no sólo se explican por factores situacionales sino, sobre todo, por condicionamientos estructurales que producen disposiciones diferenciales a la exposición. (Bourdieu, 1988)

⁹ Como intentaremos demostrar, también tiene implicaciones a nivel político, en tanto no habilita la explicación y comprensión de los procesos sociales que hacen posible y/o impiden el cambio social.

¹⁰ Para Bourdieu, la violencia se ejerce a través de “camino puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento (...) en nombre de un principio simbólico conocido y admitido tanto por el dominador como por el dominado.” (2000: 5)

¹¹ En esta línea nos inscribimos en la tradición *sociocultural* de la comunicación que la define como “un proceso simbólico por medio del cual la realidad es producida, mantenida, reparada y transformada” (Algarra, 2009: 165). En sintonía con nuestra perspectiva epistemológica, esta tradición considera a la comunicación como un proceso dialéctico-histórico: “por una parte, nuestras interacciones cotidianas con los otros dependen y están condicionadas intensamente por las pautas culturales y, por otra, las estructuras sociales preexistentes son producidas por nuestras interacciones cotidianas previas. Pero, al mismo tiempo, la interacción social es también un proceso creador que permite e incluso requiere una buena cantidad de

conversaciones cotidianas, en situación de entrevista, a través de redes y lazos sociales, de mensajes televisivos, de significantes que legitiman el orden social desde espacios oficiales) la comunicación “pone en movimiento (...) a la cultura como estructura y sistema signifiante, al mismo tiempo que la construye y *reconstituye*” (Von Sprecher, 2005: 26).

Sin excluir la dimensión estructurante del mundo social ni caer en la concepción que exalta la libertad creadora del agente, las personas trans tienen la posibilidad de proveer de *categorías prácticas* (Bourdieu, 1985) capaces de transformar los principios simbólicos en los que se fundan los actos discriminatorios. A partir de la comunicación, *colectivamente y a largo plazo*, se hace posible la modificación de los esquemas de percepción que tienen consecuencias manifiestas a nivel estructural (Pecheny, 2016)¹².

En base a este esquema interpretativo, nuestro horizonte analítico consiste en dar cuenta de las condiciones de posibilidad de las prácticas productoras de sentido de personas trans, es decir, de las tomas de posición capaces de producir resignificaciones como también las que suponen la asimilación de las definiciones hegemónicas y su reproducción. Si bien, a través de distintas prácticas, las personas trans son capaces de cuestionar las posiciones que les son asignadas nos preguntamos acerca de las condiciones que socavan su acción (Butler, 2017), es decir, los modos en que la distribución desigual de soportes materiales, culturales y sociales inciden en las posibilidades de apartarse de los roles estereotipados y, así, acabar con la complicidad de su propia dominación.

A pesar de que muchas de las personas trans tengan en común el estar investidas de signos negativos factibles a ser transferidos a todo lo que sea asociado a ellas, como efecto *adherente* (Ahmed, 2015), las distintas posiciones que los agentes ocupan en el espacio social suponen diferencias en las disponibilidades de recursos para hacer frente a estas atribuciones como también para transformarlas. Si por un lado, quienes detentan una posición dominante cuentan con mayores posibilidades de fortalecer su punto de vista por

improvisación y que, colectivamente y a largo plazo, produce el mismo orden social que hace posible la interacción en primera instancia y al que se opondrá dialécticamente después.” (Algarra, 2009: 166)

¹² Siguiendo a este mismo autor, las personas trans son -aún más que los otros grupos disidentes del orden sexual hegemónico- dominadas, explotadas y excluidas estructuralmente. En base a un informe sobre discriminación publicado por Inadi en 2014, un 23% de las personas dijeron rechazar a gays y lesbianas, cifra que aumenta a un 40% en lo que respecta al rechazo hacia personas trans y travestis (Pecheny, 2017: 267).

sobre los demás, los más desfavorecidos, tienen una mayor predisposición a hacer propias las definiciones que le son impuestas (Bourdieu, 1988).

Si bien esta primera aproximación a las estrategias de reproducción en personas trans supone un conjunto de prácticas a partir de las cuales los agentes intentan mejorar sus condiciones *materiales* de existencia, sus estrategias de posicionamiento suponen indefectiblemente una adhesión o denuncia al orden *simbólico* vigente. Más precisamente, la complicidad del agente en la reproducción de las representaciones estigmatizantes del género se evidencia en casos en los que agentes desfavorecidos material y culturalmente hacen suyas las definiciones dominantes, lo que los inclina a referirse a sí mismos en términos que les son asignados, *invisibilizarse*, dirigirse hacia ocupaciones devaluadas y apartarse de los lugares de los que son más o menos directamente excluidos (entre ellos el espacio público y político).

Por el contrario, algunos agentes (en lo que respecta a nuestra muestra, los mejor posicionados) a causa de principios discriminatorios no logran actualizar su habitus de clase en el mercado laboral, lo que puede impulsarlos a plantear posicionamientos simbólicamente subversivos (Mauger, 2015)¹³. Estos, al poseer un volumen de capital cultural más elevado cuentan con mayores posibilidades de producir redefiniciones elaboradas sobre lo trans, representaciones capaces de cuestionar y transformar la *doxa*. Así, las personas orientadas a emprender una lucha por las clasificaciones tienden a estar provistas de las herramientas indispensables para que sus prácticas y discursos cobren eficacia.

¹³ Si entendemos que la discriminación impide la actualización de las disposiciones de clase (por ejemplo en los casos de que no consiguen puestos laborales acordes a las expectativas) y que esto genera un efecto de histéresis que puede orientar a la transformación de los principios discriminatorios, teniendo en consideración que la discriminación afecta mayormente a mujeres trans, sugerimos la hipótesis de que esta histéresis -de clase- producto de la discriminación se produce con mayor frecuencia en mujeres trans de sectores medios y altos. En ellas se producirían, también mayores disposiciones a transformar las representaciones que le son asignadas, ya que estas son las más *directamente devaluadas* por estos principios. En contraste, los varones trans, al pasar desapercibidos, evitarían tanto la discriminación como la histéresis, lo que explicaría sus menores propensiones a la militancia. Aunque el principio discriminatorio no obture su reproducción de forma directa, sus limitaciones se fundan en la asimilación que estos hacen de la definición negativa de su género: ser trans incide en sus prácticas, más que por una discriminación manifiesta, por temor a ser discriminados. De ahí lo paradójico de su posición, transformar un principio que no los excluye en tanto no sean identificados como trans, pero que limita su desenvolvimiento al serles impuestas definiciones negativas que ellos hacen cuerpo. Así bien, ante la decisión de participar en la lucha por la transformación de las representaciones de su género, se corre el riesgo de querer transformar su valor negativo mediante su exposición y eventual devaluación.

Bibliografía

- Ahmed, S. (2015). La política cultural de las emociones. *México, PUEG-UNAM*.
- Bourdieu, P. (1985). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: AKAL Universitaria.
- Bourdieu, P. (1988). *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. Taurus.
- Bourdieu, P. (2000). Sobre el campo político. Conversación con Philippe Fritsch. *Lyon: Universitaires de Lyon*.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, P. (2015). *Estrategias de reproducción social*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Butler, J. (1990). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México, Paidós.
- Butler, J. (1998). Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista. *Debate feminista, 18*, 296-314.
- Butler, J. (2002). Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo. Buenos Aires, Paidós.
- Butler, J. (2017). Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea. Buenos Aires, Paidós.
- Cabral, M. (2011). La paradoja transgénero. Sexualidad, ciudadanía y derechos humanos en América Latina: un quinquenio de aportes regionales al debate y la reflexión, 97-104.
- Gutiérrez, A. B. (2005). *Las prácticas sociales: una introducción a Pierre Bourdieu*. Córdoba: Ferreyra.
- Gutiérrez, A. B. (2012) "Clases, espacio social y estrategias. Una introducción al análisis de la reproducción social en Bourdieu" en Bourdieu (2012b). *Estrategias de Reproducción social*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Gutiérrez, A. B. (2015). *Pobre', como siempre: estrategias de reproducción social en la pobreza: un estudio de caso*. Córdoba, Eduvim
- Mauger, G. (2015) Política del compromiso sociológico. *Intersticios. Revista sociológica de pensamiento crítico, 9(2)*.
- Lahire, B. (2004). *El hombre plural: los resortes de la acción*. Bellaterra.
- Pecheny, M. (2016). La discriminación, la diversidad social y la estructura en la Argentina en Kessler G. (comp.) *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Rubin, G. (1990) "El tráfico de mujeres: Notas sobre la "economía política" del sexo" en: LAMAS, M. (Comp.). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Universidad Autónoma de México, PUEG, 1996, pp.35-96.
- Watzlawick, P., Helmick Baevin y J. Jackson, D. D. (1985). *Teoría de la Comunicación Humana. Interacciones, patologías y paradojas*. Barcelona: Herder.
- Von Sprecher, R. y Boito, M.E. (2005). *Comunicación y Trabajo Social*. Córdoba: Brujas.